

ANTHROPOLOGICA

DEL DEPARTAMENTO DE CIENCIAS SOCIALES

- | | |
|---|------------------------------|
| Los fascinantes círculos de las pallas | ANA DE LA TORRE ARAUJO |
| El Inca y el chamán | ALEJANDRO ORTIZ RESCANIERE |
| La persona | MARIE-FRANCE SOUFFEZ |
| Los incas y la transformación del
concepto de poder | JUAN ANSION |
| Discurso abierto sobre los cultos de crisis | MARCO CURATOLA |
| Una versión del mito de Inkarrí en
Amazonas | JOSE H. RODRIGUEZ VILLA |
| El santuario de Qoyllur-rit'i | J. CARLOS FLORES LIZANA S.J. |
| Quechuablantes campesinos y castellano-
hablantes urbanos en Cajamarca | DAVID COOMBS L. |
| Economía campesina, hacienda tradicional:
el caso de Angasmarca | AYME G. BUITRON ARANDA |
| Las nuevas iglesias en una parroquia de
inmigrantes de la Gran Lima | MANUEL M. MARZAL |
| Sobre los aymaras en la ciudad | TEOFILO ALTAMIRANO |
| Atención del parto en el Centro de Salud
de Chorrillos | SONIA AGUERO VILLANES |
| Los yagua | TANITH OLORTEGUI |
| Los Asháninca y los Incas | EDUARDO FERNANDEZ |
| Folklore del pueblo de Araguay | JOSE MARIA ARGUEDAS |
| Notas de viaje, correspondencia y reseñas | |



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU

LA VISPERA *VELACIONES ANDINAS EN EL BAJO PIURA*

Anne Marie Hocquenghem

Eduardo Franco

Carlos Reyes

Sean campesinos, de Catacaos, La Arena, Seghura, Vicos, Chusque, los cementerios del bajo Piura son focos en la arena, señalados por una cruz y una piedra que dicen el nombre del difunto. "Se necesitan muchos hijos para que se encargen en uno de estos de las misas y velaciones".

Algunas son cruces que hechan los ancestros en forma de cruz, otras son cruces con serpiente, otros son cruces con serpiente y cruces con serpiente y cruces con serpiente. "Velamos a nuestros padres, todos los hermanos nos reunimos aquí, en el cementerio, nos juntamos con ellos, es costumbre de nosotros, esta costumbre no se pierde".

Los cementerios están pintados y adornados con imágenes de cristas, vírgenes, santos, ángeles o flores, a veces la foto del difunto. A partir de los años 50, para introducirse la costumbre citadina de depositar a los muertos en nichos que forman cuarteles de cinco pisos. En Catacaos, en estos últimos años, las familias más pudientes vuelven a enterrar a sus difuntos en fosas, pero de cemento, cubiertas por una losa que se comienza con el nombre de "pasajero". Las tumbas se orientan todas de este a oeste. Esta orientación se pierde en los cuarteles construidos alrededor de las tumbas, los campesinos y pescadores dicen que sus padres deseaban ser sepultados según las costumbres en la tierra, pero para no quedar mal los hijos compran hoy un nicho que les cuesta 600 a 700 intis. Cuando no llegan a juntar esta suma para el enterramiento depositan al difunto en la tierra y cuando pueden lo trasladan a un nicho. Reconocen casi todos que prefieren las tumbas donde uno se vuelve polvo, se mezcla a la tierra y cerca de las cuales es más fácil reunirse para velar.

Los cementerios catacaosinos se oponen a los cementerios seghuranos. Nombres diferentes, Inpasque, Yovera, Yamunaque, Moro, en los primeros; Bayona, Tunas, Piango, Cherre, Vico, Chunga, en los segundos. Cuarteles rectangulares comunes de 200 nichos en Catacaos, piramidales para una familia en Seghura. Resplandor barroco de los colores: blanco, negro, plateado impuesto por la Beneficencia de Catacaos: rosado, amarillo, celeste, plateado, verde, blanco, azul, negro, morado, en La Arena y Tublazo. Rigor clásico de los colores naturales de la madera y del cemento con algo de blanco y negro

LA VISPERA

Sean cataquenses, de Catacaos, la Arena, Tablazo; o sechuranos de Sechura, Vice, Chalaco, los cementerios del Bajo Piura se extienden hoy al margen de los pueblos, en las tierras más altas, arenosas y secas. Las tumbas son fosas en la arena, señaladas por una cruz o una peaña que llevan el nombre del difunto y la fecha de su muerte. Las cruces más antiguas van desapareciendo una tras otra, hundiéndose con sus inscripciones borradas por el tiempo. Algunas son raíces que hechan los algarrobos en forma de cruz, parecen ser cuerpos con brazos extendidos, las más recientes son dos maderos entrecruzados y clavados. Las peañas de más años son tablas labradas de madera de algarrobo, las más modernas pequeños monumentos de adobes, ladrillos o cemento pintados y adornados con imágenes de cristos, vírgenes, santos, ángeles o flores, a veces la foto del difunto. A partir de los años 50, parece introducirse la costumbre citadina de depositar a los muertos en nichos que forman cuarteles de cinco pisos. En Catacaos, en estos últimos años, las familias más pudientes vuelven a enterrar a sus difuntos en fosas, pero de cemento, cubiertas por una loza que se conocen con el nombre de "mausoleos". Las tumbas se orientan todas de este a oeste. Esta orientación se pierde en los cuarteles construidos alrededor de las tumbas, los campesinos y pescadores dicen que sus padres deseaban ser sepultados según las costumbres en la tierra, pero para no quedar mal los hijos compran hoy un nicho que les cuesta 600 a 700 intis. Cuando no llegan a juntar esta suma para el entierro depositan al difunto en la tierra y cuando pueden lo trasladan a un nicho. Reconocen casi todos que prefieren las tumbas donde uno se vuelve polvo, se mezcla a la tierra y cerca de las cuales es más fácil reunirse para velar.

Los cementerios cataquenses se oponen a los cementerios sechuranos. Nombres diferentes, Ipanaqué, Yovera, Yamunaqué, More, en los primeros, Bayona, Tume, Pingo, Cherre, Vite, Chunga, en los segundos. Cuarteles rectangulares comunes de 200 nichos en Catacaos, piramidales para una familia en Sechura. Resplandor barroco de los colores: blanco, negro, plateado impuesto por la Beneficencia de Catacaos; rosado, amarillo, celeste, plateado, verde, blanco, azul, negro, morado, en La Arena y Tablazo. Rigor clásico de los colores naturales de la madera y del cemento con algo de blanco y negro

en Sechura, Vice y Chalaco. Olores de flores dulces en los cementerios catacuenses, olor de mar en los cementerios sechuranos. Quizás la oposición más clara se da entre el cementerio de La Arena, todo alegría y vida y el de Sechura donde el viento insiste en seguir sepultando, cubriendo las tumbas con la arena y parte de lo que logra arrastrar del basural cercano.

En la víspera de "Velaciones", se acostumbra limpiar, pintar, coronar y depositar un ramo de flores en las cruces, peañas, nichos y mausoleos, de este trabajo se encargan normalmente los varones de cada familia que se reparten las tumbas situadas en un mismo cementerio o en toda la región. El 30 y 31 de octubre en la puerta del cementerio se juntan vendedores de flores, coronas, roscas y panes dulces, chicheras que ofrecen chicha y ceviche, se van construyendo kioscos, aparecen vendedores de velas "Señor de los Milagros", "Señor de Santa.", "Señor de la luz", "Rayo de luz", "Marilyn", "Luz del norte", "Piura", y las velas de la "Virgen del Cisne", entradas de contrabando del Ecuador, valen 15 intis. Con las flores a 10 ó 20, las coronas a 40, la pintura a 50, las roscas a 10, los dulces a 4 por 1 inti, los cinco paquetes de velas son algo de 200 intis que hay que gastar, más lo que de la comida para las familias que se reúnen. Van llegando también algunos comerciantes con potos, calabazos, mates, lapas de Chiclayo. En el caso de Catacaos se instala el motor que va a dar luz para los focos que se alquilan a 20 intis para iluminar 12 horas los nichos. Pasando la puerta, al interior del cementerio hombres y jóvenes cargan escaleras, baldes de pintura y pinceles y se ofrecen para pintar tumbas por 20 ó 50 intis cada una, según el trabajo, pero en la mayoría de los casos los campesinos pintan ellos mismos sus tumbas. Un hombre, pantalón negro, camisa blanca, con su hermano y su hijo también vestidos de fiesta, ennegrece con brea las cruces de sus padres y abuelos, acordándose de cada uno de ellos, explica mientras pinta que los que mandan hacer este trabajo "gastan" pero no se "juntan", no "respetan", se van olvidando. El sol que quema, el viento del mar, el olor a brea, las preguntas y las respuestas nos reúnen un momento como en un barco navegamos en otro tiempo y otro espacio. Uno de los hermanos cuenta cómo reconoció, hace unos años, la cruz de un tatarabuelo, apenas se leía el nombre, la fecha se había borrado, quien sabe cuándo habría muerto, su hijo pinta la inscripción, el ancestro se rescató. Junto a esta reunión familiar mi soledad me pesa, en que mares olvidados irán a la deriva mis muertos? a los muertos que se perdieron, que no volvieron, que se olvidaron se los vela en la cruz mayor en la Capilla del cementerio, si tiene usted difuntos, allí no más puede velarlos mañana. Mañana iré a velar en la cruz mayor en La Arena, quizá allá se encallaron mis muertos.

ANGELITOS

En el Bajo Piura se denomina "angelitos" a los niños fallecidos, a los adolescentes y jóvenes que "fracasaron", murieron antes de llegar a tener hijos. La primera parte de la fiesta del 1° de noviembre, día de Todos los Santos, después del mediodía y hasta las seis de la tarde se desarrolla en la plaza y se relaciona con estos difuntos.

Sea en Catacaos o en La Arena puestos de venta de dulces se colocan frente a la Iglesia y en la plaza, ofrecen suspiros, buñuelos, rosquillas, alfajores, bizcochos, calaveras, cocadas, 4 pastelitos cuestan 1 inti. Van pasando niños, de dos en dos, cargan un palo largo lleno de roscas, 3 intis cada una, son de las pequeñas para "angelitos".

Madres campesinas con polleras y blusas de satén y con una alforja comienzan a llegar con sus niños en los brazos o de la mano, así como niños de 8 a 14 años con hermanas o hermanos mayores. También llegan mujeres solas con las alforjas llenas. A las cuatro de la tarde la plaza de la Arena se llena de mujeres y niños y se puede observar las madres con hijos esperando que las madres de "angelitos" les llamen, encuentran una semejanza de edad, sexo y apariencia entre el niño y el "angelito". En este caso, la madre del "angelito" le pide a la madre de prestarle su niño, las mujeres se sientan juntas, la madre del "angelito" saca de su alforja un mantel de algodón blanco, "sisuna", bordado con hilos de color, lo extiende sobre el suelo y pone encima los dulces, miel que trae en una botella o en un jarrito de plástico, raras veces todavía en una "chicula" o un pequeño "poto" (lagenarias), es chancaca diluida con agua. La madre del "angelito" bendice el niño y le da de comer a nombre de su "angelito". El niño come parte de lo que le es ofrecido y su madre guarda para más tarde el resto en su alforja. Cuando el niño elegido es de más años se sienta y come solo con la madre del "angelito". Cuando una madre de "angelito" no puede llegar a celebrar ella misma esta costumbre, manda una de sus hijas o hermanas a cumplir por ella. Dos madres en vez de dulces ofrecieron camotes respetando así la costumbre más tradicional. De cinco a seis sigue la plaza llena de mujeres y niños. De cuántos hijos e hijas muertos se acordarán las campesinas de La Arena? Unas más jóvenes tienen uno o dos "angelitos", otras ya viejitas cinco o seis y es para mí conmovedor ver a ancianitas mirar y presentar miel a una criatura, confundiéndola algunos minutos con su "angelito" que si hubiera "resultado", vivido, sería un mayor de cuarenta años. Estos "angelitos" no se velarán en el cementerio; en Catacaos son sepultados aparte de los mayores. En Sechura anteriormente se celebraban los angelitos, pero la costumbre se ha perdido.

Las madres y los niños se van retirando, son las seis de la tarde, el sol se pone.

Son las seis de la tarde, el sol se pone, se oye la música de trompeta, trombón, clarinete y salen de la Iglesia por la puerta enlutada, al paso lento de los cargadores de andas, la Cruz de plata, la Cruz de madera que es una raíz de algarrobo, el Cristo Yacente, San Juan Bautista, la Virgen del Tránsito y el Señor Cautivo. La procesión se dirige hacia la puerta del cementerio en donde un Cristo Yacente, una Dolorosa, que pertenece a la Iglesia del Centro y una medalla de Animas, de la Cofradía Jurada de Animas, se junta a las imágenes de la Iglesia matriz. Las andas no entran en el cementerio, se colocan a la derecha y a la izquierda de la puerta. Al norte la derecha, la Cruz de plata, el primer Cristo Yacente, el Señor Cautivo y la Virgen del Tránsito. Al sur, la izquierda, el segundo Cristo Yacente, la Cruz de madera, la Dolorosa y la medalla de Animas. Los músicos se retiran y frente a cada anda un mayordomo sacude una campanita mientras que algunos campesinos depositan limosnas en las alcancías de los Santos. La Campana sigue sonando durante toda la noche y el día siguiente hasta el regreso de la procesión. El cementerio queda vacío mientras los vendedores de flores, velas, dulces y rosas se instalan para dormir en la calle que lleva al cementerio, algunos se anochecen en los kioscos tomando café, cerveza, una sopa caliente o alguna comida. A las diez de la noche compro un ramo de flores y velas, pensando velar a mis muertos en la Cruz verde del centro del cementerio de La Arena. Con Eduardo y Carlos entramos en el cementerio que sigue vacío, sólo se ven dos o tres tumbas iluminadas con velas, en una de ellas un rezador canta en alta voz unas letanías. Cuatro escolares, que tenían miedo de aventurarse solos en el cementerio, se juntan con nosotros y nos acercamos a la cruz mayor. Quizás fue el olor de las flores, la luz frágil de las velas, la sombra de la cruz, el recogimiento de mis compañeros, el chisporroteo de la cera, el sonido de las campanas, mis muertos, citados después de tantos años de derivar en el olvido, encontraron el puerto, nos reunimos en La Arena. . .

VELACIONES

Alejandro Diez, que mientras nos quedábamos en La Arena se encontraba en Sechura, cuenta que en la puerta del cementerio unos pocos vendedores ofrecen velas y dulces y que en algunos kioscos se preparan comidas. Allí el cementerio está iluminado con fluorescentes, la energía viene del generador de la conservera cercana, de pequeños motores y a menor escala de baterías. Entre las seis de la tarde y la media noche hay un continuo tránsito de gente que entran, van llevando toldos, petates, frazadas y canastas con comida y café, o algo de trago para calentarse. Alrededor de los nichos y de algunas cruces se instalan para pasar la noche, protegiéndose del viento. En-

cienden velas y alguna que otra lámpara. Los ancianos sobre todo se recogen algunos momentos mirando las velas o las lápidas. Unas familias terminan de coronar las tumbas y comienzan a visitarse, a conversar entre ellas y a comer. El cementerio parece un pueblo con sus calles animadas. A media noche el movimiento disminuye, la gente se pone a dormir. Al amanecer se retira la mayoría de las familias con sus pertenencias, pero algunas se quedan para velar la noche siguiente. Los que no permanecieron vuelven un momento al anochecer del día 2. De hecho el 2 a las seis de la tarde, en el cementerio sechurano de Vice, llegamos a velar con una familia de conocidos. Un hermano pescador que vive en Vice se encarga de iluminar con fluorescentes el cementerio, su motor produce la electricidad. Dos hermanas casadas con pescadores llegaron, la una de Tortugas y la otra de Lobitos. Alrededor del nicho me quedo con las mujeres mientras los hombres van a conversar y tomar una cerveza en uno de los kioskos. Conversamos sobre los padres, sobre las costumbres "nos reunimos cada año, dos veces, ahora y en mayo, para día de la madre, también se puede el día del padre, otros pueden reunirse para la fiesta de la Cruz de mayo. Son nuestras costumbres, a los padres no hay que dejar de recordarlos, así también nos recordarán nuestros hijos, cómo se van a dejar estas costumbres. ¿Ustedes no velan? —no velamos, pero si a veces unos van al cementerio. ¿Usted sí va a reunirse con sus padres? —ayer velé a mi madre en la Cruz del centro de La Arena—. Está bien. Está bien, estoy tranquila, seguimos conversando sobre la pesca, las balsas, el mar. Iré a visitarlos en las caletas, nos despedimos, siguen velando prendiendo una tras otra las velas, hasta la madrugada.

En La Arena los campesinos cataquenses llegan a velar el día 2 en la madrugada, de las seis de la mañana a las seis de la tarde. El camino que conduce al cementerio está bordeado por vendedores de flores, todo tiene el olor dulce de la flor de petate, la flor de muertos, son doscientos metros de vía florida donde se ofrecen velas.

En la puerta los Santos reciben limosnas, las campanas se agitan. Al interior las polleras y las blusas de las campesinas son de los mismos colores pasteles que las de las tumbas y de las flores, saten blanco y negro pero más rosado, celeste, azul, verde, amarillo, morado. La cera se derrite, al doble calor de la llamita y del sol. Al pie de cada cruz y de cada peaña, los niños vestidos de ropa nueva juegan, comen dulces y roscas. La cruz mayor ya no se ve, mi ramo de flores está cubierto de más ramos, se consumen unas cuarenta velas, mis muertos no han sido los únicos en haber sido citados en La Arena...

En Catacaos también se llega a velar de madrugada, se velaba dos

días como en Sechura pero ya no hay dos días de fiesta oficial y se tuvo que reducir las velaciones al día 2. Pero "velaciones" se celebra tradicionalmente el día 3 en los caseríos, y los que no llegaron a cumplir con sus padres en estos primeros días de noviembre, pueden llegar durante todo el mes. Unos tienen que venir de lejos, Morropón o más Lima, otros tienen que visitar tres o cuatro cementerios. El Cementerio de Catacaos es más citadino, las mujeres llevan vestidos, tacos altos, carteras, los hombres trajes y corbatas. Es casi imposible llegar a los nichos, dos o tres familias se apretan frente a sus difuntos, las velas no pueden plantarse en la arena, hay que tenerlas en las manos, se derriten rápidamente. Cables eléctricos circulan y se enredan, los focos dan una luz que desaparece con tanto sol y el ruido del motor que produce la electricidad produce un malestar, perturba los vivos y los muertos, nos alejamos hacia las cruces. Lejos de los cuarteles todo se calma, cada familia se reúne, se sienta, conversa. Una anciana de 75 años busca una señora más joven, que ella, que tenga unos 60 años, para ofrecerle una rosca, camote y miel, a nombre de su madre fallecida. La familia de Carlos nos acoge, tomamos una foto de la reunión familiar entre vivos y muertos, quizás al revelarla aparecerán, entre los primos y las tías al lado de la madre, los abuelos y bisabuelos. Por primera vez pienso en mis hijos, en sus vidas, en mi muerte, quisiera descansar en La Arena y que algunos de los míos se reúnen y se acuerdan. . .

VELACIONES EN OTROS ESPACIOS Y TIEMPOS

Tanto los cataquenses como los sechuranos afirman que "velaciones" es una costumbre propia, pero de hecho no es solamente en el Bajo Piura que se festeja a los ancestros en el mes de noviembre. En el Alto Piura y en la Sierrra existe la misma costumbre así como en los valles de la costa norte, según Hildebrando Castro Pozo en los años 20, "En los pueblos indígenas del Norte (departamentos de Piura, Lambayeque y Libertad). . . tienen la costumbre estos indios de, en el día de difuntos, concurrir a sus cementerios a velar a sus muertos y darles de comer miel y rosas de harina, de que se han proveído con anticipación.

"Al pie de los pequeños túmulos de piedra o adobe que han elevado a la memoria de sus parientes se sientan, y, mientras las velas chisporrotean, la-crimando el sebo y ennegreciendo las piedras de la bovedilla en que arden, ellos se dedican a observar a los visitantes entre los cuales buscan al que se parece o semeja al difunto. . .

"Día de difuntos, todo el pueblo de Parales ha concurrido al panteón a visitar sus muertos. Un viejo arriero que sabe rezar y que, al decir de las gen-

tes, "ha heredado el oficio de su padre", está sentado a la puerta del cementerio, rodeado de multitud de indígenas que esperan su turno para hacerle rezar y darle en cambio un mate de miel y una rosca por cada oración que pronuncia en memoria del recordado difunto. Al pie tiene varias botijas llenas de miel y unas enormes canastas repletas de tortas y en su mayor parte rosca.

"En casi todos los panteones comunales las frutas, miel y panecillos de manteca, en los días de difuntos, nunca faltan sobre los túmulos o cruces que conmemoran el recuerdo y sitio en que yacen los antepasados. Este piadoso y humano sentimiento es la fuente del que nos mueve, a nosotros los costeños civilizados, a cubrir con flores la tumba de los seres perdidos". (Castro Pozo; 1979: 129-131).

Esta costumbre es de hecho panandina, en todos los cementerios del sur del Perú, del norte de Argentina y de Chile así como del altiplano de Bolivia los Quechuas y Aymaras se reúnen alrededor de las tumbas de sus antepasados, los velan, ofrecen comidas dulces y rezos. Los Laymi de Bolivia ponen sobre las tumbas pequeñas escaleras que permiten a los difuntos pasar de un mundo al otro y reunirse con sus descendientes. En la región de Huaraz en el Callejón de Huaylas el día de los difuntos cuando una mosca grande que se llama "quenra" o "queresas" y se asocia al espíritu o alma del difunto, viene a posarse sobre los alimentos dulces presentados en las tumbas, los indígenas dicen que el difunto viene a probarlos (Hocquenghem 1981, 1983; Harris 1982).

Esta costumbre no es reciente, según observaciones de Jorge Juan y Antonio de Ullca en los años 1826. "... tienen el mes de finados, y está establecido que todos los Indios habrán de llevar ofrendas a la Iglesia, las cuales se reducen a las mismas especies que las de las fiestas, y puestas sobre las sepulturas va diciendo el Cura un responso sobre cada una, y sus criados recogiendo las ofrendas. Esto dura todo el mes de noviembre, y para que no falte día, los reparte el cura entre las haciendas y pueblos anexos del curato; los Indios de tales haciendas o de un pueblo concurren en el día que les pertenece, y además de las ofrendas han de pagar la limosna de la misa. Es digno de referirse lo que sucede en cuanto al vino; está establecido que se ofrezca vino entre las demás ofrendas, pero aquel clima no lo produce, y es muy difícil obtenerlo en aquellas provincias tan interiores, pero al arbitrio ha podido suplir su falta; para esto manda poner el Cura un poco del mismo que tiene para celebrar en una o dos botellas, y según la cantidad se lo alquila por dos ó tres reales a la primera India que le espera con su ofrenda para que diga el responso y concluido esto, se recoge la ofrenda en las canastas, pero el vino pasa a la otra sepultura nuevamente alquilado; en esta se hace lo mis-

mo, y así sigue la botella dando vueltas por la iglesia todos los días, y ganando tantos alquileres como hay sepulturas, cual se va repitiendo todos los días durante el mes de noviembre". (Jorge Juan y Antonio Ullca; ed. Facsimilar: 337).

En Huarochiri, en 1600 contaron los indígenas "cómo eran las ánimas" en tiempo de Pariacaca y de qué modo celebraban el día de Todos los Santos: "Ya, sí, en capítulos anteriores hemos hablado cómo, al tiempo de ir a rendir culto a Pariacaca, lloraban y veneraban a sus muertos, les daban de comer, de esas cosas hablamos algo ya. Recordando estas ofrendas que entregaban a sus muertos, ahora, quienes aún no se han hecho buenos cristianos, suelen decir: Ahí está: los españoles también en este "Todos Santos" sirven a sus muertos. Vayamos nosotros, igual que ellos y como lo hacían antes, sirvamos en la iglesia a nuestros muertos. Y llevaban comida a la iglesia, potajes especialmente preparados, como en los tiempos antiguos. . . Del mismo modo, también en Huarochiri o en Quinti, el día de Todos los Santos, decían: Vamos a poner en la iglesia sólo cosas calientes. Y así, llevaban a la Iglesia papas cocidas, charqui con buen ají, maíz tostado, como para ser inmediatamente servido a la gente y lo depositaban en el suelo. Además cada persona llevaba un cantarillo con chicha. Y cuando ellos ofrendan esas cosas y las ponen, seguramente sus muertos las reciben, comen y beben. Recordando estas creencias, ha de ser que llevan comidas no frías, de cualquier clase, y las ofrecen" (Avila 1600, 1966: cap. 28). Esta costumbre no es de origen español, como dicen los Huarochiri era una costumbre indígena que para seguirla celebrando se mezcló con la celebración cristiana de Todos los Santos.

Guaman Poma de Ayala que recorrió con el extirpador de idolatrías Cristóbal de Albornoz la región de Ayacucho en los años 1580 y escribió hacia 1615 una carta al Rey de España recopilando las costumbres de los Incas y los sufrimientos de los indígenas indica: "noviembre, Aya Marçay quilla, este mes fue el mes de los difuntos. Aya, quiere decir difunto, es la fiesta de los difuntos, en este mes sacan los difuntos de sus bóvedas que llaman pucullo, y le dan de comer y beber, y le visten de sus vestidos ricos, le ponen plumas en la cabeza y cantan, danzan con ellos, le ponen unas andas y andan con ellas en casa y por las calles, por la plaza; después tornan a meterlos en sus pucullos dándoles sus comidas y vajillas, al principal de plata y de oro, y al pobre de barro, y le dan sus carneros y ropa y los entierran con ellas, pastan en esta fiesta mucho" (Guaman Poma de Ayala 1615, 1980: 256-257).

Molina por los años 1575 en Cuzco recopila las ceremonias incaicas y relaciona la fiesta de Ayamarca con los ritos a los antepasados. "Así mismo,

las personas que tenían a cargo los cuerpos embalsamados, nunca se salían jamás ningún día sin quemar las comidas y derramar la chicha que para ello dedicado tenían, según y como lo usaban cuando estaban vivos aquellos les quemaban, porque tenían entendido, y por muy averiguado, la inmortalidad del ánima, y decían que a donde quiere que el ánima estaba, recibía aquello y la comida como si estuviera vivo. Y así acababa este mes. En este tiempo y siempre, los sacerdotes del Hacedor y del Sol y del Trueno, y los que tenían a cargo la Huaca Huanacauri, no se salían día ninguno de hacerles sus sacrificios, tres veces al día, quemando tres carneros; uno a la mañana y uno al medio día y otro a la tarde, con otras comidas dedicadas que por ello tenían, entendido que aquello comían las huacas a donde estaban; las cuales llevaban a los cerros ya dichos en la fiesta del Inti Raymi. Asimismo, las personas que tenían a cargo los cuerpos embalsamados, nunca se salían jamás ningún día". (Molina 1575, 1959: 65-66).

Estas costumbres incaicas tienen raíces más profundas en el tiempo. La iconografía Mochica, entre otras, representa ceremonias relacionadas con los difuntos y costumbres celebrados al fin de la estación seca (Hocquenghem 1986).

CRUCES DE NOVIEMBRE Y CRUCES DE MAYO

El mes de noviembre es el mes del fin de la estación seca, el mes de la culminación de la constelación de las pléyades, el mes de mayo es el mes del fin de la estación húmeda, el mes de la desaparición de las pléyades. En noviembre se espera el agua que permite la germinación, en mayo se comienza la cosecha. En estos dos meses los cataquenses y sechuranos se reúnen en el cementerio con sus difuntos. Vimos que en otras comunidades indígenas de los Andes y en otros tiempos, en estos dos meses opuestos del año se festejaban a los antepasados. De hecho la fiesta de Pariacaca tenía lugar en el fin de abril en el momento de la desaparición de las pléyades; la fiesta de Chau-piñameca —el ancestro femenino— caía en mayo y la reaparición de las pléyades a comienzo de junio marcaba el fin de las celebraciones a los anunciaban el Inti Raymi. En noviembre son las cruces, algunas de raíz de algarrobo, que congregan a los familiares en el cementerio, en mayo son estas cruces y las cruces verdes de las iglesias, de los cerros y de los caminos, que reúnen a los miembros de las comunidades tradicionales andinas.

La cruz es el signo de la cristiandad, reúne a la comunidad cristiana. Cuando llegaron los españoles, destruyeron las huacas, los templos en los cuales los indígenas rendían culto a sus ancestros, elevaron cruces y construyeron iglesias. Impidieron también enterrar a los difuntos en la arena de la

costa o en las cuevas de la sierra y forzaron a depositarlos bajo las cruces alrededor de la iglesia. Iglesia y cruces para los indígenas se impusieron como signos de las huacas y de los difuntos. El cuerpo de un difunto en quechua recibe el nombre de "mallqui". "Mallqui" significa también semilla que brota, planta que crece, pequeño árbol. El cuerpo del difunto depositado en la tumba es una semilla sembrada, una raíz de nuevo árbol de generaciones. Se puede suponer que las cruces, de raíces de algarrobo, las simples cruces de madera, peñas, nichos, representan a las ánimas y ancestros de cada familia. Las cruces verdes de las iglesias de los cerros y de los caminos que marcan el centro, los confines y la integración de una región, representan al ancestro común de toda una comunidad. Los ancestros individuales y comunes son los intermediarios entre los hombres y sus orígenes, mantenerlos vivos rindiéndoles el debido culto, sea en la tradición andina ofreciéndoles comidas, sea en la tradición cristiana dedicándoles misas y rezos, es mantener el lazo con la fuente de vida. La fuente de vida es el agua y la tierra, que permiten a los campesinos asegurar, al nivel material, la reproducción de la comunidad. El mes de noviembre es el mes de las primeras lluvias en la sierra, el mes de mayo es el mes de las primeras cosechas en la costa. La celebración de los antepasados alrededor de las cruces en noviembre y en mayo puede ser percibida como un ritual de agradecimiento a los antepasados por el agua y la cosecha. Recordar a los antepasados es transmitir las costumbres ancestrales que permiten a los campesinos afirmar, al nivel cultural, la identidad de la comunidad.

Si a los "angelitos" y a los difuntos "frescos", de menos de un año, no se les vela en el cementerio, es quizás porque los primeros no llegaron a reproducirse, a echar raíces en este mundo, y los segundos porque aún no han echado raíces en el otro mundo. En estos dos casos los muertos se encuentran al margen, definitivo o momentáneo, de la cadena que reúne a la fuente de vida y permite la reproducción.

Si bien es obvio que todas las ceremonias tienden a asegurar la reproducción y afirmar la identidad social, quizás las que cumplan con más eficacia esta función sean las que se relacionan directamente con los antepasados, de allí la insistencia de los campesinos en la necesidad de cumplir con sus difuntos, de celebrar las cruces de los cementerios, de las iglesias, de los cerros y caminos, en noviembre y en mayo. Uniendo las generaciones del pasado, del presente y del futuro, reuniendo los abuelos con los padres y los hijos, los campesinos del Bajo Piura o los agricultores costeños y serranos, mantienen las comunidades tradicionales andinas. Celebrando, cada región según sus propias modalidades, los cataquenses y los sechuranos, los norteños y los sureños, recuerdan sus diferentes orígenes. "Esta costumbre nuestra no se pue-

de dejar, nuestros hijos con sus hijos nos llegarán a velar ¿cierto?”. La afirmación se vuelve interrogativa, casi duda. El reencuentro en La Arena con la tripulación de mis difuntos no es nostálgica de un orden ancestral sino tentación de una trasgresión de las reglas que permite el cambio, sueño de un encuentro con el mar en el medio del desierto.